

## DÍA QUINTO

## PRIMERA MEDITACIÓN

*Gracias de la vida religiosa.*

Por maravilloso modo enumera las gracias de la vida religiosa San Bernardo: *Haec est religio sancta, pura et immaculata, in qua homo vivit purius, cadit rarius, surgit velocius, incedit cautius, irroratur frequentius, quiescit securius, moritur fiducius, purgatur citius, praemiatur copiosius.*—«Religión pura, santa, immaculada es ésta en la cual vive el hombre con más pureza,—cae más raras veces,—levántase más pronto,—camina más prevenido,—recibe más á menudo el rocío de la gracia,—descansa más seguro,—muere más confiado,—se purifica más en breve de sus pecados—y recibe en el cielo mayor recompensa.»

1.° *Vivit purius.*—Vive el religioso con más pureza que los que están en el siglo, porque se halla lejos de las vanidades, seducciones y escándalos del mundo, y vive tan sólo para Dios como los ángeles en el cielo.—Muerto al mundo, vive ya sólo en Dios con Jesucristo.

2.° *Cadit rarius.*—Cae más raras veces en el pecado, porque no tiene tan fáciles las ocasiones, y se halla sostenido en el bien por tantas gracias y buenos ejemplos.

Cae más raras veces en la tibieza (mal tan común y tan formidable), porque halla siempre alimento á su fervor, y continuos estímulos para la virtud, y

ejercita siempre su actividad conforme á la regla.

3.° *Surgit velocius.*—Levántase más pronto.—Ninguno hay impecable: pecó el ángel en el cielo, Adán en el paraíso, Judas andando en compañía de Jesucristo.—Pero el religioso culpable no permanece ni puede permanecer mucho tiempo en pecado; no está solo: *Vae soli!*—La caridad de sus hermanos viene en su auxilio, le amonesta, le animan, le levantan y le sostienen contra su flaqueza.

Por otra parte no podría permanecer mucho tiempo en la culpa; todo le recuerda su deber, todo le constituye en la feliz necesidad de darse enteramente á Dios. De aquí aquella máxima: «Perseverar en la vocación es asegurar la perseverancia final.»

¡Cuántos pecadores en el mundo viven y mueren en sus pecados porque nadie viene en su auxilio!

4.° *Incedit cautius.*—Camina con más prudencia y mayor seguridad, por la certeza de hacer la voluntad de Dios y no extraviarse en la senda de la obediencia.—Es el camino de la mayor perfección.

5.° *Irroratur frequentius.*—Recibe más á menudo el saludable rocío de la gracia. Toda la misericordia y bondad de Dios, todo el amor de Jesucristo, todos los favores de la Santa Iglesia, todo el celo de la caridad fraterna, todas las dulzuras y consuelos del servicio divino: todos estos bienes, patrimonio son del religioso.—Concéntranse en él las atenciones del cielo y la tierra, porque es el religioso de Jesucristo.

6.° *Quiescit securius.*—Goza de dulce y verdadera paz.—La paz de Jesucristo, donde se encierra todo bien y todo consuelo. Es un preludio de la gloria, un celestial testimonio de que Dios está contento de su obra.—Es el fruto de su amor.



7.º *Moritur fiducia.* — Muere el religioso con más confianza. — La muerte es suave para quien ha servido bien á su amabilísimo Señor. Dicha es morir á sus pies y en sus brazos. — Sólo una pena queda: no poder consagrarle mil vidas. — La muerte del religioso no es más que el último acto de amor que remata su corona. — ¡Oh! ¡Muera yo la muerte de los justos!

8.º *Purgatur citius.* — Se purifica más en breve de sus faltas. Las oraciones y obras satisfactorias de sus hermanos que han quedado en la tierra acortan y alivian sus padecimientos en el purgatorio. La Comunidad de que era hijo no se da descanso ni contento hasta tener la esperanza de que está ya en el cielo. En el mundo olvidan pronto; allí, nunca.

9.º *Praemiatur copiosius.* — Recibe en el cielo más espléndida recompensa el religioso. Participa divinamente de la gloria, la felicidad y el poder de Jesucristo, por amor del cual lo ha sacrificado todo, hasta su vida.

Terminó el combate y llegó el día del triunfo eterno.

#### SEGUNDA MEDITACIÓN

*Fin de la Congregación del Santísimo Sacramento.*

Nuestro Señor Jesucristo Sacramentado es el fin total de la Congregación del Santísimo Sacramento.

Servirle mediante el culto solemne de la Adoración; consagrarse á su gloria por el apostolado eucarístico: tal es por entero la vida del religioso del Santísimo Sacramento.

Servir á la adorabilísima Persona de Jesucristo: tal es mi fin.

¿Hay, por ventura, ninguno mayor, más noble ni más perfecto en la tierra ni en los cielos?

Por Él obtengo plaza en la guardia de honor que Jesús merece tener en el Santísimo Sacramento, como tienen la suya los Reyes de la tierra.

Por él entro de criado de Jesús, contentísimo yo de verme al servicio de su adorabilísima Persona.

Me hago familiar suyo, de los que viven siempre á su lado, en torno de su trono de gracia y de amor como los ángeles en el cielo.

¿Qué más puedo desear en la tierra, sino un amor tan grande como este divino Señor merece?

II. Servir á Jesús en el Santísimo Sacramento: he ahí mi único fin. Jesús Sacramentado: he ahí mi único Dueño.

1.º Todo mi ser debe estarle entera y exclusivamente consagrado: los pensamientos, el estudio, la ciencia de mi entendimiento no deben tener otro fin que conocer á Jesús, y á Jesús en la Eucaristía.

Toda la fuerza de amor de mi corazón debe emplearse en su santo servicio. Todas las fuerzas de mi voluntad no deben tener otra regla, ni mis trabajos otro propósito. — Todo para Jesús en el Santísimo Sacramento: tal debe ser la divisa de mi vida.

2.º Toda mi piedad y toda virtud mía ha de llevar el sello eucarístico. — Deben, por consiguiente, todas mis prácticas de devoción ser un homenaje á la divina Eucaristía. Así que aun las más perfectas virtudes las amaré y practicaré sólo para honrar al Dios de la Eucaristía, como el favorito que sólo para su Señor coge flores. — Mis deseos, mis proyectos todos,



deben referirse á la gloria de mi Señor, pues que enteramente de Él y para Él soy yo mismo.

III. Servir á Jesús en el Santísimo Sacramento: he ahí mi fin perpetuo.

Adorar á Jesús perpetuamente bajo los velos eucarísticos en este mundo y adorarle después eternamente en la gloria: he ahí mi ocupación de siempre. — Comienzo y continúo al pie de los altares lo que haré con perfección en el cielo. ¡Oh dicha!

Si nos proponemos por fin una virtud como la penitencia, la caridad para con el prójimo, ó el celo apostólico, semejante fin no está siempre en acción, y á veces ni sería posible, por falta, ya de objeto en que recaiga, ya de fuerza para practicarla; pero adorar á Jesús Sacramentado, eso puedo cumplirlo siempre. — Puedo siempre referir mis pasos al amor y al servicio de mi divino Señor. — Todas mis acciones pueden ser una adoración. — Nadie puede separarme de Jesucristo, nadie puede privarme de Él.

Puedo, pues, mezclarme á la dicha de la corte celestial y gozar siempre de la presencia de Jesús; vivir para Él, vivir en Él, pues Él mismo ha dicho: «quien me come, también él vivirá por mí; en mi mora, y Yo en él.»

La Eucaristía: he ahí el tesoro del religioso del Santísimo Sacramento: el tesoro por cuya adquisición debe vender todo cuanto posee.

La Eucaristía: ahí tiene, cual otro Abraham, su tierra prometida, por la cual deberá dejar país, familia y casa, y venir á habitar en la *Tierra de la visión*.

La Eucaristía: he ahí el banquete nupcial del Hijo del Rey divino, festín al cual estoy invitado, mas á condición de dejar todo para presentarme á punto y

adornado con el manto regio de una recta voluntad.

La Eucaristía es el reino de Dios en la tierra. — Mi cuerpo se convierte en templo suyo; mi corazón es su trono, mi voluntad su corte, y mi amor su riunfo y victoria.

#### TERCERA MEDITACIÓN

##### *Culto Eucarístico.*

Es también fin de esta Congregación tributar á Jesús en el Santísimo Sacramento el mayor culto, el más santo y más litúrgico.

I. El mayor culto, mediante la exposición solemne en que se honra á Jesús como á Rey inmortal de los siglos, á quien se debe todo honor y gloria.

Ante este Sol de amor toda luz palidece; donde se presenta el Rey no se hacen honores á los ministros, y cuando aparece el Señor, nada es el sirviente.

Todo cuanto hay de bello, precioso y honorífico, debe honrar el trono del divino Jesús. — El es el solo Señor de cuanto existe: y si la Congregación tuviese todos los diamantes, todo el oro y todas las coronas del mundo, nada debiera estimarse en todo esto sino la dicha de ofrecerlas y consagrarlas á su Señor, á quien pertenece todo.

II. El culto más santo.

Debe también el cuerpo adorar á Dios en la Eucaristía y tributarle su homenaje exterior.

Homenaje de respeto. — Estando con toda modestia y compostura en su divina presencia, evitando aquellas maneras y aquellas acciones que no nos permitiríamos ante una persona de respeto, y mucho menos ante un Soberano.



Homenaje de piedad.—Haciendo con mucho espíritu de fe y de amor las ceremonias exteriores, las genuflexiones, postraciones y reverencias prescritas, porque constituyen el acto exterior de la adoración del corazón y la profesión pública de nuestra fe.

Homenaje público de virtud.—Honrando doquiera á Nuestro Señor, así en público como en particular, así en la calle como en el templo, adorándolo prosternados cuando pasa el Viático, lo mismo que cuando permanece en su trono: que dondequiera que esté, es siempre mi Rey, el Dios de mi corazón y de mi vida.

### III. El culto más litúrgico.

Inspirada siempre por el Espíritu Santo, ha regulado la Iglesia el culto debido á su divino Esposo, á Jesucristo Sacramentado.—El culto así es el solo que aquí corresponde en verdad y santidad, y el único que al efecto agrada á Dios.

Celosa la santa Iglesia del honor y gloria de su Rey, ha regulado hasta los menores detalles del culto que le tributa; porque todo es grande, todo divino en su servicio.

Es, pues, el primer deber, tanto de la Sociedad como de cada uno de sus individuos, estudiar las rúbricas y ceremonias de la Iglesia, seguirlas con exacta fidelidad, hacer que todos las guarden y les tengan afición.—Al honrar así la Divina Eucaristía, le tributo honor con la Iglesia toda, y en unión con todos los Santos.—Rindo, en unión á la Iglesia, un mismo y único homenaje, un mismo y único culto; sus méritos suplen á mi indignidad, su perfección á mi bajeza. Resulta, pues, mi culto verdaderamente católico.

Debe además ser una expiación por tantas irreverencias y agravios que á menudo cometí en aquel santo lugar.—Una reparación por tantas profanaciones, insultos y sacrilegios que cometen á cada paso contra este adorable Sacramento tantos malos cristianos. Una protesta contra los incrédulos, una profesión pública de mi fe y mi vocación á la mayor gloria de Jesús, de Jesús, que se ofrece en el Sacramento, Hostia santa de amor y de alabanza.

## DÍA SEXTO

### PRIMERA MEDITACIÓN

#### *La adoración.*

En la adoración eucarística tenemos la principal y soberana acción del religioso del Santísimo Sacramento: todo en su vida religiosa debe prepararle, ornarle y perfeccionarle para la adoración: todo en su vida debe ir sometido y subordinado á este divino ejercicio, porque es el acto religioso más grande, más santo y más justo de su vocación y de su vida.

I. El más grande.—Adorar es compartir la vida de María Santísima en la tierra cuando adoraba al Verbo encarnado en sus purísimas entrañas; cuando le adoraba en el pesebre, en la cruz, en la divina Eucaristía.—La adoración era su vida.

¡Oh cuán pura, ferviente, santa y perfecta era la adoración de María!

Para ser agradable á Jesucristo, el adorador debe adorar con María Santísima y por mediación suya.



Adorar es compartir la vida de las almas verdaderamente grandes en este mundo, cuyo amor y felicidad eran el estar al pie del Sagrario para adorar allí al Dios escondido y tributarle cuanta gloria y cuanto amor podían. No amaban la vida sino para dedicarse al Santísimo Sacramento, para abismarse y consumirse en las llamas de su divino amor.

Adorar es compartir la vida de los Santos del cielo, que alaban y bendicen eternamente la bondad, el amor, la gloria, el poder y la divinidad del Cordero inmolado por la salvación de los hombres y la mayor gloria de Dios su Padre.

¡Qué dicha comenzar en la tierra lo que eternamente haremos al pie del trono de Dios!

¡Qué dicha ser de la corte eucarística de Jesucristo aquí en la tierra, estar siempre cerca de su adorabilísima Persona, formar su guardia, y vivir ya en la tierra una vida del cielo.

Adorar es el acto soberano de la virtud de religión, que reemplaza él solo los actos de las demás virtudes, y posee la virtud de todos ellos y es el fin de los mismos.

¡Oh! ¡Bendita por siempre la divina bondad de mi Dios, que me llamó á esta vocación eucarística, la cual me da la gracia y me habilita para ser adorador por oficio y por deber, mientras que los demás fieles lo son sólo á intervalos y como de paso!

*Quid retribuam Domino?... Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo.*

## II. El acto más santo.

Nada más santo puedo hacer en la tierra que la adoración eucarística.

Hay en ella un ejercicio perfecto de todas las virtudes.

1.° De fe.—Entera y perfectamente la ejercito al adorar á Jesucristo escondido, velado y como anónimo en la Sagrada Hostia. Aquí la sumisión, la adoración con todas mis potencias, guiado sólo del espíritu de la fe.

2.° De piedad.—La tenemos aquí interior y exterior, enteramente concentrada en Dios, que está oculto en el Sacramento, y tenemos adoración por las preces, la oración, el culto, el respeto, por el anonadamiento, si posible fuese, de mí mismo, por la humildad, por la penitencia, por la pureza y por todas las demás virtudes.

3.° De amor.—Ya que toda la ley en el amor se resume, la cumplo toda adorando á mi Dios y Señor en el Santísimo Sacramento, y adorándolo con toda mi mente, con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas.

4.° De caridad.—Puedo, al adorar, ejercitar perfectamente la caridad para con el prójimo, rogando por él, poniéndome por mediador, por víctima para su salvación, implorando en favor suyo las gracias y misericordias de nuestro divino Salvador.—Así, pues, nada más santo que la adoración.

## III. — El acto más justo.

Dondequiera que está Jesucristo, merece nuestras adoraciones. Así que debo adorarle en la divina Eucaristía.

Por mí está Jesucristo en el Santísimo Sacramento, y por mí permanece allí; de suerte que, á no ser yo un ingrato y un impío, debo presentarme á tributarle mis homenajes.—¿Qué se diría de un hombre que recibiendo la visita de un Soberano le dejase sólo en casa sin hacerle honor ni rendirle homenaje alguno?



Debo, pues, adorar á Jesucristo por mí, porque ese es mi servicio y mi vocación; y si así no lo cumplo, soy un servidor infiel y perezoso, que merece la suerte del siervo malo que se nos describe en el Evangelio.

Debo adorar á Jesucristo por el poder de mi sacerdocio; le he colocado en el altar como María le reclinó en el pesebre; ¿no será, pues, justo que, siendo ministro suyo, le tribute mis perpetuos homenajes?

Debo adorarle por los que no le adoran, le olvidan, le desprecian y le ofenden.

Si amo al Señor, ¿no será justo que con la más obsequiosa devoción procure yo desagrarle de tantas ofensas; que, como San Pedro, le diga: «Señor, aunque todos se escandalizaren en ti, yo nunca me escandalizaré;» «Aunque sea menester morir yo contigo?»

#### SEGUNDA MEDITACIÓN

##### *Apostolado Eucarístico.*

No se limita la Congregación del Santísimo Sacramento á adorar, amar y servir ella misma al Dios de la Eucaristía. — Movida de su celo por la gloria del Sacramento, aspira á que todos los hombres le adoren, le amen y le sirvan: quisiera levantarle por doquiera un trono y procurarle adoradores fieles.

Jesús dijo: «Fuego vine á poner en la tierra: ¿y qué quiero sino que arda?»

Y ese fuego divino es la Eucaristía, al decir de San Juan Crisóstomo: *Carbo est Eucharistia quae nos inflammat.* — Propagadores de este fuego eucarístico

son todos los que aman á Jesús, porque el verdadero amor quiere se extienda el reino y la gloria del amado. — Reinado de Jesucristo en el mundo, y sobre todo en el corazón de sus hijos, es la Eucaristía.

Tal es la hermosa y amable misión del religioso del Santísimo Sacramento, — discípulo y apóstol del amor eucarístico; tal es el nombre que mejor le cuadra; esa es su gracia; esa, en compendio, su vida. Ahora bien: ¿cuáles son las obras de su apostolado eucarístico?—Todo cuanto puede procurar la gloria del Dios de la Eucaristía es objeto de su celo, y todo puede referirse al servicio de Jesús Sacramentado, ya que Él es la gracia y el fin de todas las cosas.

Sólo una ciencia, sólo un lenguaje, sólo un deseo y un placer tiene el amor: hacer que Jesucristo en la divina Eucaristía sea conocido, amado y servido.

I. Darle á conocer á los que no saben de Él; instruir en estas divinas enseñanzas á los niños, á las gentes rudas é ignorantes; inculcar sus grandezas á los que ya le conocen; todo ello empleando al efecto las catequesis, los retiros, las agregaciones, las semanas eucarísticas, etc.

Aun de aquellos que parecen tener ciencia de su doctrina y de su vida, no es conocido Nuestro Señor.— Si fuese conocido, sería mejor servido y adorado y visitado con mayor frecuencia. Se hablaría al menos de Él en las conversaciones, entre cristianos, entre personas piadosas; no sería como un Dios muerto y sepultado, desconocido. Ni aun se atreve la gente á pronunciar en público su nombre. ¡Ay! Jesucristo es ya casi como un extraño entre los suyos.

Debemos, pues, anunciarle, manifestarle y atraer á Él tantos hijos pródigos.



II. Debemos hacerle amar.

Con el amor divino es como se logrará traer nuevamente á los pueblos á la virtud, á la religión y á la fe.

No hay medio más eficaz, y es tal vez el único que nos queda para combatir la indiferencia que reina en el mundo y que se infiltra hasta en el corazón de los fieles.

Con este divino fuego hay que atacar el frío que se apodera de los corazones y entorpece los miembros todos del cuerpo social.

Mostrándoles el amor de Jesucristo es como se podrá despertar en los corazones aletargados el sentimiento del amor y la necesidad de la virtud.

Trayéndolos á hacer actos de adoración ante el Santísimo Sacramento es como podrá logarse que sean verdaderos adoradores en espíritu y en verdad.

Preciso es apremiar, impeler y traer con brío los convidados á las bodas del Rey.

Cuando hayan probado cuán suave es el Señor, cuando hayan hecho un acto de adoración, llevará á cabo lo demás la divina gracia.

Pero este hermoso apostolado pide hombres valerosos, dispuestos á abrazar la locura de la cruz para tener la virtud que en ella se encierra, prontos á recibir la humillación, el desprecio de los prudentes del siglo, para que amado y glorificado sea Jesucristo, pues ésta habrá de ser la recompensa á que aspiren.

A Vos, Señor, amor, alabanza y gloria; y á mí, olvido, desprecio y humillación.

Reinad Vos... y contento moriré.

### TERCERA MEDITACIÓN

#### *Amor á Jesús Sacramentado.*

El amor á Jesucristo ha de ser el carácter fundamental del religioso del Santísimo Sacramento. El amor ha de ser el móvil de todas sus acciones, — el centro de su vida — y el fin de sus sacrificios.

I. Móvil de todas sus acciones.—Por el amor de Jesucristo habrán de estar inspiradas; de buen grado piensa el hombre en lo que ama y un tal delicio so pensamiento sirve como de escolta constante á nuestra vida.

El amor debe ser la gracia para esas acciones. — Porque la gracia de cada cual es adecuada á la respectiva vocación, y la vocación eucarística es una vocación enteramente de amor, como su fin.

El amor ha de ser también la regla de las mismas, — porque es lo que debe dominar en el religioso. Todas sus virtudes han de estar adictas al servicio del amor á Jesucristo, ya que no son más que ejercicio de ese amor y prueba de él, como la fidelidad, la abnegación, la piedad filial no son sino el fruto del amor de un buen sirviente ó de un buen hijo.

En el religioso del Santísimo Sacramento debe imperar sólo una virtud: el amor; pero el amor soberano, que vive de todas las virtudes y que de ellas podrá tomar las diversas calificaciones de humilde, manso, paciente, mortificado, caritativo.

Así que para practicar según los casos la humildad, la abnegación, la caridad, la pobreza, no tendré más que hacer un acto de amor de Dios, especificán-



dolo por la virtud correspondiente. Es como si dijera: «Os amo, Dios mío, de todo corazón; y por daros una prueba de que así es, voy á hacer este acto de humildad.»—Y de esta suerte mi vida se simplifica en el amor, del cual tomo siempre mi punto de partida, así como también todas las cosas me sirven para alimentarlo y robustecerlo en mí.

Así obraba San Pablo: *Quis ergo nos separabit a charitate Christi? Tribulatio? an angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius?... Sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos. — Certus sum quia neque mors neque vita... neque creatura alia poterit nos separare a charitate Dei, quae est in Christo Jesu, Domino nostro.* «¿Pues quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, ó angustia, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó persecución, ó espada?... Mas en todas estas cosas vencemos por Aquel que nos amó. — Por lo cual estoy cierto que ni muerte ni vida... ni otra criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Jesucristo Nuestro Señor (1).»

II. El amor como centro de la vida. Mi vida necesita un centro, un centro donde descansa mi alma, se complazca, se consuele y se alegre. Todo hombre tiene y debe tener un centro de vida: y ese centro, en torno del cual gira su vida, será, ó una criatura amada, ó será algún bien de este mundo, ó será Dios.

Quando el hombre encadena su vida á un centro humano, es desgraciado, inconstante, culpable, se paganiza. — Para ti nos liciste, Señor, é inquieto está nuestro corazón mientras en ti no descansa,

(1) Rom., VIII.

dice San Agustín. *Fecisti nos ad te et irrequietum est cor nostrum donec requiescat in te.*

Esto, que hemos designado con la expresión «centro de la vida,» es un descanso, una morada de amor: quien tiene por centro de su vida á Jesucristo sacramentado dirige á él todos sus pensamientos, estudios y virtudes; Jesús es su tesoro, porque en Él está su corazón.

En ninguna parte se encuentra bien sino con el Santísimo Sacramento. Su alegría, su placer y su dicha están tan solo en Jesús Sacramentado.

Sólo quiere en sus penas por consuelo, por confidente y apoyo á Jesús en el Santísimo Sacramento.

Todo con la sagrada Eucaristía se le hace suave y fácil; todo sin ella amargo é intolerable.

Con la sagrada Eucaristía le es amable la vida; pareceríale sin ella insoportable; y preferiría morir.

De este centro de amor habla Jesucristo cuando dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y Yo en él.» «Permaneced en mí, y Yo en vosotros.» «Perseverad en mi amor.» *Manete in me... in dilectione mea.*

Vivía en este divino centro San Pablo: *Mihi enim vivere Christus est.* «Porque para mí el vivir es Cristo. — Y vivo, ya no yo: mas vive Cristo en mí.»

III. Fin de todos los sacrificios.

No vive el verdadero amor sino para el amado; á él debe ofrecer el premio de sus sacrificios, y por él con abnegación sacrificarse.

Agradar al Amado es el único galardón á que aspira; morir por Él sería su triunfo.

He ahí el fin del religioso del Santísimo Sacramento: servir á su buen Amo por amor; sacrificar noblemente su libertad, su voluntad, sus afectos, su



gloria, su salud y su vida—en el olvido, en el desprecio por parte de los hombres; en la prueba interior que sólo Dios sabe; en el padecimiento sin consuelo, en el cansancio sin descanso, en el trabajo sin éxito, en la caridad mal agradecida, en la paciencia no correspondida, en la vida de fe sin consuelo alguno,—y, no obstante todo esto, servir siempre á Nuestro Señor con la serenidad de la paz, la alegría del corazón, la fortaleza de un amor más poderoso que la muerte: parecer feliz y serlo en el sacrificio del amor.

He ahí el gran triunfo del amor de Jesucristo en su religioso; es la pureza del amor aquilatada en el crisol, es el verdadero amor que se consume puramente á gloria de Dios.

#### DÍA SÉPTIMO

#### PRIMERA MEDITACIÓN

#### *Pobreza.*

Para hacerse verdadero discípulo de Jesucristo y religioso del Santísimo Sacramento necesario es que comience, quien á eso aspira, por renunciar á sus bienes, reduciéndose al estado de pobre, y de pobre sujeto á interdicción, muerto civilmente, que no tiene otros haberes, fuera del pan de la limosna suministrado por la Religión; que no puede ya ni adquirir, ni poseer, ni dar cosa alguna de suyo: he ahí el pobre de Jesucristo.

Hermosa pobreza que le hace dueño de todos los

bienes del cielo: *Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei.*

Gloriosa pobreza que vale más que todas las diademas y toda la gloria de este mundo: *Vos autem qui reliquistis omnia et secuti estis me, centuplum accipietis, et vitam aeternam possidebitis.*

Feliz pobreza que desprendiéndonos de las inquietudes y ansiedades de esta vida y de la esclavitud del mundo, nos libra al mismo tiempo de los tan grandes y seductores peligros, de las riquezas del lujo que de ellas nace, del regalo que proporcionan, de las pérdidas lisonjas que ocasionan.

Libres nos hace la pobreza evangélica, dependientes sólo de la divina Providencia, verdaderos discípulos de Cristo, y familiares suyos.

¡Ah, sí! Pobre quiero ser como mi Señor, y como Él no tener ni una piedra en propiedad: *Filius Hominis non habet ubi caput reclinet.* Con mi Señor quiero vivir pobremente. — Come el pan de los pobres: *Panes hordaceos*; viaja como los pobres: *Jesus fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem*; va á menudo á recogerse en la gruta de Gethsemani; viste como las gentes del pueblo, y padece hambre alguna vez: *Et exuriit.*

Pero ¡cuán hermosa y amable es esa pobreza de Jesús: Es la prueba resplandeciente de su amor al hombre: *Amicitia pares quaerit aut facit.* Divina aparece esta pobreza, pues es para Cristo como una esposa de la cual nunca se separó.

Pero aún hay más: hasta en su estado de gloria quiere permanecer pobre.

¡Oh! ¡Cuán pobre es Jesús en su estado sacramental! — Más pobre que en Belén: Jesús en la divina Eucaristía no tiene muchas veces manos que le lle